

El inacabamiento esencial del arte

MARIO MADROÑERO MORILLO*

RESUMEN

Este artículo es una tentativa para pensar sobre el arte y sus límites.

ABSTRACT

This article is an aim to think about art and its borders.

KEYWORDS

- Art (*Arte*)
- Aesthetics (*Estética*)
- Philosophy (*Filosofía*)

* Licenciado en Filosofía y Letras Universidad de Nariño. Magíster en Etnoliteratura. Universidad de Nariño. Actualmente se desempeña como docente hora cátedra adscrito al Programa de Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño.

El arte está siempre vinculado al origen, referido éste siempre al no-origen; explora, afirma, suscita en un contacto que conmueve toda forma adquirida, todo lo que está esencialmente antes, lo que es sin ser todavía. Y, al mismo tiempo, se adelanta a todo lo que ha sido; es la promesa cumplida de antemano, la juventud de lo que siempre comienza y no hace sino comenzar. Nada permite establecer que el arte comience al mismo tiempo que el hombre aparece; todo indica más bien un desajuste significativo de los tiempos. Pero lo que sugieren los primeros grandes momentos del arte es que el hombre no tiene contacto con su propio comienzo, no es afirmación inicial de él mismo, expresión de su propia novedad más que cuando, por medio y por las vías del arte, entra en comunicación con la fuerza, el esplendor y el dominio alegre de un poder que es esencialmente poder de comienzo, es decir, también de recomienzo previo.

Maurice Blanchot. El nacimiento del arte

Si alguna "función" se puede atribuir al arte, es la de proponer un "desajuste significativo de los tiempos". Es así como frente a la historia canónica del arte y el "punto de vista del genio" que la dirige, lo que Lezama Lima llamaría alguna vez "la discontinuidad del bosque americano", desarticula el artificio de la técnica y su aplicación, sea en la hechura y manufactura de los artefactos, sea en la elevación de los mismos a la categoría de obra-de-arte.

¿Qué podríamos pensar, entonces, de un hacer que se desligue del trabajo y de la categoría, deshaciendo, en su hacerse presente, la historia del arte y la historia de la técnica y de la verdad, en lo que se concibe como contemporaneidad del arte mismo? (teniendo en cuenta, además, las concepciones que generan las nociones de arte y política en las traducciones de una cosmovisión, a partir de las ideas que se tengan sobre lo imaginario y lo simbólico, por lo menos, a partir del tratamiento que brindan a estos las políticas culturales actuales).

Pregunta entre formas y figuras, que intentarían con el tiempo, en él, hacer presente lo esencial de un origen y de ahí la

fundamentación, en el fondo de la imagen, de una identidad, de una presencia, de un ser y su historia.

Fundamentar una identidad a partir de la meditación de un comienzo es posible entonces en su representación, en lo que se puede proponer como la dimensión poética de las obras, en su categoría poética; ya dislocada de antemano por el tiempo de su aparecer, que permite, a la discontinuidad del bosque, de la selva, afectar la pureza de origen de la obra al desestabilizar el canon de su identidad. Ya que la discontinuidad, el tiempo desajustado del arte, permite pensar la representación, en la magnitud de lo que implica *estar-aquí-de-cuerpo-presente*.

La presencia inacabada del arte nos remite de esta manera a pensar en la esencia inacabada del origen, de su origen, en el que la propiedad ya no sería el rasgo de originalidad de la obra en tanto fundamento de la firma, sino más bien la apertura, su partición.

El arte nos proporcionaría, así, nuestra única fecha de nacimiento auténtica: fecha bastante cercana, es verdad que necesariamente indeterminada, incluso si las pinturas de Lascaux parecen acercárnosla más por la sensación de proximidad con la que nos seducen. Pero, ¿es verdaderamente una sensación de proximidad? Más bien de presencia o, más precisamente, de aparición. Antes de que esas obras, por el movimiento despiadado que las ha sacado a la luz, se borren en la historia de la pintura, es quizá necesario precisar lo que las coloca aparte: esa impresión de aparecer, de no estar allí más que momentáneamente, trazadas por el instante y para el instante, figuras no nocturnas, sino vueltas visibles por la apertura instantánea de la noche.¹

1. BLANCHOT, Maurice. El Nacimiento del arte. En: La risa de los Dioses. Madrid: Taurus Ediciones, 1976. pp. 9 a 17. Versión española de J. A. Doval Liz. Moción estética que no sólo implica la historia de la pintura, sino la historia del arte y la teleología que la compone.

Movimiento foto-gráfico del arte, que conlleva a pensar en el carácter fantasmal de la representación de la identidad y su relación con el duelo, en el que la justificación de el *estar-aquí-de-cuerpo-presente* implica ya desapropiarse en el desajuste originario de una expresión, que no tiene que ver con la identidad, sino con el arte en tanto acontecer.

El arte no conoce un tipo particular de realidad –taja sobre el conocimiento. Es el acontecer mismo del oscurecimiento, un atardecer, una invasión de sombra (...) el arte no pertenece al orden de la revelación. Ni de hecho, al de la creación, cuyo movimiento prosigue en un sentido exactamente inverso.²

Arte no ilustrado, desheredado del humanismo, de la industria; ni puro, ni ecléctico, menos impresionista, nihilista o transvanguardista; más bien invertido por el carácter esencial de su inacabamiento, expreso en el desajuste de los tiempos de lo que se ha querido entender como mito.

Frente entonces a los mitos del arte, estarían entre sus velos las artes míticas. *Aconteceres*, más que obras, que sin nostalgia de una pretendida pureza de origen, abren la expresión a una dimensión mítica, en la que el arte recomienza otra vez, cada vez, en la partición esencial de un origen.

San Juan de Pasto, mayo 23 de 2006

2. LEVINAS, Emmanuel. *La realidad y su sombra*. Madrid: Editorial Trotta, 2001. pp. 43 a 66. Traducción de Antonio Domínguez Leiva.